7221

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA.

MI SOCIO Y YO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

RAMON LADISLAO.

MADRID.

—

SEVILLA, 14 PRINCIPAL

1879.

3

MI SOCIO Y YO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

RAMON LADISLAO.

SEVILLA: 1879.

IMPRENTA DE SALVADOR ACUÑA Y COMPAÑÍA

Colon 25.

AL FECUNDO POETA GADITANO

DON ENRIQUE ZUMEL

Acepte V., querido amigo, la dedicatoria de esta humilde obrita, como débil muestra del cariño y respeto que le profesa su afectísimo

El Autor.

PERSONAJES

ENRIQUETA.
DIANA.
ERNESTO.
DON ALEJANDRO.
UN COMISARIO DE POLICÍA.
DOS AGENTES DE IDEM, que no hablan.

La accion es en Madrid, época actual.

Esta obra es propiedad de D. Enrique Bergalí, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. Eduardo Hidalgo, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representaciones y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

ACTO ÚNICO

El Teatro representa una sala amueblada decentemente. Un guarda-ropas, capaz de ocultar un hombre, colocado á la izquierda: á la derecha un biombo de paño ó bayeta verde; dos veladores, uno á cada lado del proscenio; dos butacas, sillones y demás muebles consiguientes; dos candelabros con luces; un reverbero sobre una mesa; un estante con libros; un bastidorcito de bordar; recado de escribir; papel, libros de escritorio, etc. Puerta al fondo; dos á la izquierda; otra á la derecha en primer término y balcon en segundo.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUETA y ERNESTO.

Al levantarse el telon aparecen: Ernesto repasando cuentas, sentado en una butaca, junto á un velador; Enriqueta en otra, junto al otro, bordando: él á la derecha; ella á la izquierda.

ENRIQ. ¡En fin, te lo repito; esto es ya demasiado! ¡Ni siquiera, por ser hoy última noche de Carnaval, quieres llevarme á que me divierta un rato!

ERNEST. Por tu bien; sólo por tu bien: las mujeres de tu estado, y que además tienen juicio, no piensan en bailes ni en disfraces; sí en estarse en su casita, haciendo calceta, ú otra labor, que redunde

669308

en provecho de la economía doméstica, que es, segun dijo un sabio, madre de la riqueza; ó cuidando de sus hijitos.

ENRIQ. ¡Pero si yo no tengo hijos!

ERNEST. No importa; los puedes tener, porque lo que no es hoy puede ser mañana. *(Sumando.)* Cuatro y cuatro, ocho; y cuatro, doce.

ENRIQ. Pero dime; ¿yo me he casado para ser una esclava? Te equivocas. Con mi mano recibistes una buena dote, y me parece que tengo derecho á....

ERNEST. Las mujeres, querida mia, no tienen derecho á nada. Dos por ocho, diez y seis, y cuatro son veinte.

ENRIQ. (¡Uf! ¡Qué calma! Concluiré por volverme tísica.)

ERNEST. Enriqueta, este mes me encuentro que se ha aumentado el gasto; esto no va como debe; es preciso economizar.

ENRIQ. ¡Economizar! ¡Más todavía! Cuando me has suprimido por las mañanas el chocolate y por las noches los pastelillos de dulce, á lo que estaba acostumbrada.

ERNEST. Es una economía que redunda en beneficio de tu propia salud, pues el chocolate es irritante, y los pastelillos muy indigestos.

ENRIQ. Y, por otra parte; hace más de un año que no me compras siquiera un trage.

ERNEST. ¡Tienes tantos! que me parece no necesitas refuerzos en mucho tiempo.

ENRIQ. Sí; pero ninguno de moda.

ERNEST. ¡Que no oiga pronunciar esa palabra nunca! ¡La causa de casi todos los extravíos de tu sexo! ¡La ruina de las familias! ¡La poderosa serpiente del género humano! ¡Por Dios, querida, si me amas, te suplico que no vuelvas á pronunciar tan horrible frase!

ENRIQ. ¡Ay! ¡Maldita sea la hora que!..... *(Llora.)*

ERNEST. ¡Qué escucho, infeliz! ¿Quieres comprometer tu salvacion?

ENRIQ. ¡No sé lo que me digo! ¡Qué desgraciada soy! *(Llorando.)*

ERNEST. Pero, hijita mia, ¿tienes alguna queja de tu Ernesto?

ENRIQ. ¿Qué no tengo? Pues qué, ¿no es bastante dejarme siempre sola? Me prohibes que salga á paseo, que reciba á mis amigas, á mis parientes; en fin, no quieres que comunique con nadie; no me llevas jamas al teatro.....

ERNEST. ¿Para qué? El único concurrido son los Bufos, y allí se peca contra el sentido comun; no quiero que veas el Can-Can, ni las pantorrillas de las suripantas. ¿Te dejo sola, dices? Eso no prueba más sino la gran confianza que tengo en tí despositada. ¿Crees por ventura que yo voy á divertirme? ¿No sabes que mis ocupaciones y mi socio Don Alejandro Belmonte absorben todo mi tiempo, y que, como secretario de una Hermandad Pia, estoy siempre tan ocupado, que....

ENRIQ. ¡Pero es el caso que yo aquí me aburro de fastidio!

ERNEST. Para eso te he traido libros, para que te distraigas.

ENRIQ. ¡Preciosos! ¡Capaces de hacer dormir más eficazmente que «La Correspondencia!»

ERNEST. ¡Mira! Aquí tienes uno que no tiene esa propiedad. *(Cogiéndolo del estante.)*

ENRIQ. ¿Cuál es, el Álgebra?

ERNEST. Nó, querida, nó: este se titula «Los Ingleses en el Polo Norte.» Estoy seguro que con él encontrarás distraccion; verás, verás que frio hace en esos países. ¡Y luego nos quejamos del que hace en Madrid! *(Mirando el reloj.)* ¡Caramba! Ya me estarán esperando en la Junta de la Santa Hermandad!

ENRIQ. ¿Volverás pronto?

ERNEST. No tanto como quisiera, pues despues que se concluya la sesion, tengo que verme con mi socio Don Alejandro, que ya estará impaciente.

ENRIQ. Si yo conociera á ese bendito de Don Alejandro, no me querria oir! Por su causa estoy tanto tiempo sola!

ERNEST. Vuelvo á repetirte que una mujer con sus labores domésticas tiene bastante compañía, y no debe aburrirse. Conque, mujercita mia, abrázame, y si me prometes ser buena y dócil, el Domingo te llevaré á ver las Marionetas, y reirás un ratito. ¡Ea! ¡Adios, hija mia! Mira, si por casualidad tardo, no te molestes en aguardarme; cenas y te acuestas. ¡Eh!... ¡Adios! *(Váse por el foro.)*

ESCENA II.

ENRIQUETA sola.

¡Y se marchó! ¡Qué vida, Dios mio! ¡Qué vida! ¡Y mi tio sostiene que debo ser feliz! ¡Que Ernesto es un marido modelo! Yo preferiria un marido disipador, jugador; en fin, cualquiera mejor que éste, que no hace más que predicarme moral y las obligaciones domésticas, y que, por conclusion, me aburre de fastidio. Le digo, vamos á paseo; y me responde: «querida, me es imposible, por que mi socio Don Alejandro me espera.» Vamos, llévame esta noche al Teatro; «no puedo, hija, por que me esperan en las sesiones de la Santa Hermandad.» Y con Don Alejandro y la Santa Hermandad me deja satisfecha. ¡Ay, Jesus! ¡Cuánto envidio mi vida de soltera! *(Suena una campanilla.)* ¿Llaman? ¡Quién podrá ser! ¿Quién?

DIANA. *(Dentro.)* Una servidora. ¿Da V. permiso?

ENRIQ. Adelante.

ESCENA III.

ENRIQUETA y DIANA.

DIANA. Perdone V. ¿No vive aquí Don Ernesto La-Calle?
ENRIQ. Efectivamente. ¿Qué se le ofrece á V.?
DIANA. Necesito hablarle. ¿No está en casa?
ENRIQ. No señora. En este momento acaba de salir; pero si quiere V. dejar dicho algo, puede hacerlo con toda confianza; soy su esposa.
DIANA. Cómo, ¿V. es?..... Precisamente deseaba conocerla. ¿V. no sabe quién soy?
ENRIQ. No señora, no tengo el honor....
DIANA. Pues yo soy Diana de Sandoval, primera bailarina de rango francés.
ENRIQ. Lo celebro. Pero si V. no se explica....
DIANA. Á eso voy. Yo, señora, quisiera saber qué interes tiene V. en perjudicarme.
ENRIQ. ¿Yo?
DIANA. En estorbar que Don Alejandro Belmonte se case conmigo.
ENRIQ. ¿Yo? ¡Si no le conozco ni áun siquiera de vista!
DIANA. ¡Cómo! ¡Si me lo ha dicho él mismo!
ENRIQ. ¡Qué infamia! ¡Qué impostura!
DIANA. Tambien me consta que Don Ernesto trata de persuadirle á que me abandone; y venía únicamente para suplicarle que no interviniera en este asunto, pues depende de ello mi felicidad, mi porvenir.
ENRIQ. Señora, crea V. que mi esposo es incapaz de tal cosa; es un hombre dedicado únicamente á sus negocios y ocupaciones, y ademas no le gusta meterse en vidas ajenas.
DIANA. Sé tambien que con frecuencia conduce al jue-

go á mi novio Don Alejandro.

ENRIQ. ¡Cómo! ¿Qué dice V.? ¡Á jugar! Eso es imposible.

DIANA. No, señora; estoy muy segura de ello.

ENRIQ. ¡Pero será cierto, Dios mío!

DIANA. Ciertísimo. Oiga V. esta carta que me escribió anoche: «Querida mia: Me es absolutamente imposible llevarte esta noche al baile y pasarla en tu compañía, pues estoy comprometido con mi socio Don Ernesto para cenar en su casa.»

ENRIQ. Vuelvo á repetir que es imposible. V. padece sin duda alguna equivocacion. No es Ernesto quien entretiene á Don Alejandro, sino, al contrario; y por su causa paso la vida más triste del mundo.

DIANA. Entónces, ¿cómo explicarnos este embrollo? ¿Será cosa que estén de acuerdo para engañarnos?

ENRIQ. Es imposible. Mi marido sepa V. que es el hombre más probo que existe; y no tiene más defecto que ser demasiado virtuoso y esclavo de sus obligaciones. *(Suena un aldabonazo.)* Ahí le tenemos; se le habrá olvidado la llave del porton.

DIANA. No, señora, no es su marido, es mi Alejandro; le conozco en el modo de llamar.

ENRIQ. No, señora; ese es el modo con que llama mi Ernesto; para que la criada le abra inmediatamente.

DIANA. No significa más sino que, como socios, llamarán del mismo modo.

ENRIQ. Eso será. Él llega; ocúltese V. en esas habitaciones, pues quiero hablarles á solas y ver si así puedo....

DIANA. *(Al marcharse.)* Con mucho gusto. En V. cifro mi esperanza.

ENRIQ. Deme V. la carta de Don Alejandro. He concebido una idea que....

DIANA. *(Dándosela.)* Al momento.

ENRIQ. Pero, ¡qué veo! ¿Me dirá V. donde ha comprado esa pulsera?

DIANA. Me la regaló Don Alejandro hace pocos dias.

ENRIQ. (¡Qué cosa más particular! La hechura, las piedras, el esmalte, y esta seña....) Pero pronto, pronto, ocúltese V. que yá se acerca, y no salga hasta que yo la llame. Tome V. una luz. *(Se oculta Diana en la primera puerta izquierda.)* ¡No dejo de pensar en la pulsera! ¡Pero quién sabe! Es fácil que sea de la misma fábrica. ¡Qué diablos! ¡Pero si es idéntica! ¡Hasta la marca! Voy por la mia para compararlas. (*Váse.*)

ESCENA IV.

ERNESTO con candelero con luz, foro, derecha.

ERNEST. ¡Enriqueta! ¡Enriqueta! ¿Dónde estás? ¡Ah! Veo luz en su dormitorio, ¡pobrecilla! resolveria acostarse. Álgunas veces siento así, como remordimientos.... y si ella supiera.... si llegara á sospechar! Pero no es posible; me conduzco con ella tan otro,con una diplomacia tal, que un ministro de Estado sería un Colegial inexperto al querer compararse conmigo. ¡Maldita suerte! Esta noche es preciso vencerla, por que creo que mis negocios no van del todo bien, y á ese diablo de Alejandro puede ocurrírsele exigirme un arqueo, y entónces no sé lo que va á ser de mí. El maldito rey tiene la culpa; me empeñé en destronarlo, y nada. Anoche tuve en sesion permanente todos los reyes europeos. ¿Pero dónde diablos estará la llave? ¿Me la habrá tomado furtivamente Enriqueta para obligarme á volver más pronto? Eso sería una insubordinacion por la que no pasaré. ¡Hola, aquí está!

ESCENA V.

ERNESTO y ENRIQUETA con carta.

ERNEST. ¡Enriqueta!

ENRIQ. ¿Qué es eso, tú por aquí tan pronto? Me alegro, pues deseaba hablar un rato contigo, y que ajustáramos unas cuentas.

ERNEST. Efectivamente, señora. ¿Dónde está la llave? Ya estoy haciendo falta en la sesion de la Santa Hermandad, pues, como secretario, debo ser el primero; y luego mi pobre socio estará tan impaciente con mi tardanza... Conque vamos, si la has tomado, por chanza supongo, devuélvela al punto.

ENRIQ. Luégo hablaremos de eso, que aguarde la Santa Hermandad y tu señor socio. Primero necesito saber qué se ha hecho de mi pulsera de esmeraldas.

ERNEST. (¡Válgame el Cielo! ¡yo sudo!)

ENRIQ. Y bien, ¿no respondes? ¿Te has quedado mudo?

ERNEST. ¡Tu pulsera!... Conque ¿tu pulsera, eh?....

ENRIQ. Sí, mi pulsera de esmeraldas; ¿quieres que te lo repita ó que te lo ponga por escrito?

ERNEST. ¡Ah! ¡Qué demonio! Ahora recuerdo que no te lo dije.

ENRIQ. ¿El qué? Acaba.

ERNEST. Que hace dos dias estuvo aquí mi socio, y....

ENRIQ. ¡Eh! ¡Ya tenemos al socio en danza!

ERNEST. (¡Pobrecillo!) ¡Respétalo, Enriqueta, que es un hombre muy honrado!

ENRIQ. ¡Bien, bien! ¡Eso no es el caso! ¿Qué estuvo aquí? ¿Qué tiene que ver con mi pulsera?

ERNEST. Nó, mujer, ten calma. Me preguntó qué podria

regalar á su esposa que fuera de buen gusto; entónces le dije le comprara una pulsera igual á una que tu tenías de esmeraldas, preciosa; me exigió que se la enseñara, y le gustó tanto, que me la pidió para que le hicieran una igual; no creí prudente negarme á su peticion, y se la dí; pero no te apures, querida, al momento voy á que me la restituya.

ENRIQ. Sí, ¿eh?

ERNEST. ¡Ahora mismo!

ENRIQ. Es inútil. ¡Sé el paradero de mi pulsera! Y por lo que hace á tu socio Don Alejandro, sabe que es un excelente bribon. *(Muy marcado.)*

ERNEST. ¿Qué dices mujer? ¿Tratas de ese modo al hombre más probo del mundo? ¡A la joya de los comerciantes!

ENRIQ. ¡Sí, sí, buena joyita está el tal socio! Un bribon que me ha usurpado mi pulsera para regalársela á una bailarina, á quien tiene dada palabra de casamiento.

ERNEST. ¿Qué dices? ¿Estás en tu juicio, mujer?

ENRIQ. ¡Y sé más todavía! Sé que es un jugador, un hombre, en fin, en quien se aposentan los vicios más repugnantes; únicamente muy hipócrita, que da á entender á todo el mundo que tú eres la causa de su ruina, pues le conduces al juego y á otros extravíos que él no conocia.

ERNEST. ¿Pero, cómo? ¡No te entiendo!

ENRIQ. Y sé, ademas, que la bailarina está muy resentida de nosotros; dice somos la causa que don Alejandro la olvide, pues tratamos de persuadirle que no haga el disparate de emparentar con ella. ¡Un hombre casado! ¡Qué horror! ¡Metido en tales intrigas!

ERNEST. ¡Qué oigo! ¿Pero es posible sea cierto lo que me dices?

ENRIQ. ¿Cómo, dudas de mí? ¿Me crees capaz de ser la inventora de esta farsa?

ERNEST. Nó, nó; no puedo dudarlo oyéndolo de tus labios. ¡Socio inverosímil! yo te repudio! ¡Y yo que lo creia un hombre de bien! ¡En fin, como yo, que soy incapaz de ofenderte en lo más mínimo! Y, sobre todo, mis principios de moral! Desde hoy voy á concluir con él. No quiero negocios ni incumbencias con hombres de su especie. ¡Pobre de mí! Mi reputacion al lado suyo sufriria horriblemente y se diria «tal para cual.» Nó, nó, sin pérdida de tiempo voy á romper con él. ¡Fíese V. de los hombres! ¡Pero ya se ve, con su dulzura de carácter, y predicándome contínuamente doctrinas morales, me tenía embaucado!

ENRIQ. Espera, oye una cartita que escribió esta tarde á su Dulcinea.

ERNEST. (¡Dios mio! ¡Mi carta! ¡Pero cómo!) Conque cartitas ¡eh!

ENRIQ. *(Reconociendo la letra.)* ¡Qué veo! ¡Gran Dios! ¡O tengo cataratas, ó este es tu mismo carácter de letra! ¡Ernesto, tú me estás engañando! ¡Esta carta es tuya!

ERNEST. ¡Mia! ¡Una carta! ¡Y á una bailarina! ¡No estás en tu juicio!

ENRIQ. ¡Cómo! ¡Loca! Deme V. al instante explicaciones de todo esto, ó no respondo de mi paciencia.

ERNEST. ¡Calma, calma, querida Enriqueta! ¡A ver, á ver!

ENRIQ. ¡Mira y estremécete! *(Dándosela.)*

ERNEST. *(Exajeradamente.)* ¡Oh! ¡Uf!

ENRIQ. En fin, ¿es tuya? Sí ó nó.

ERNEST. ¡Oh! ¡Socio indigno! ¡Infame serpiente! ¡Falsificar mi letra!

ENRIQ. ¿Qué dices? ¡Falsificar!

ERNEST. ¡No lo ves! Observa; ¡pero qué bien, con qué pre-

cision! Sin embargo, parándose un poco hay alguna diferencia, ¿no es verdad? Las emes mias son más cerradas, los perfiles de las ees los hago más finos, y mis oes son más redondas.

ENRIQ. ¿Pero á qué fin falsifica tu letra?

ERNEST. ¿A qué fin? ¿A qué fin? Pues eso tiene poco que adivinar. Su esposa es más celosa que un turco, y temiendo que este escrito pudiera caer en sus manos, por cualquier incidente.... como, por ejemplo.... ¿No ha venido á parar á las tuyas? Pues figúrate que fuese vice-versa. ¡Vírgen del Tremedal! ¿Comprendes ya el por qué?

ENRIQ. Sí, hasta ese punto.... pero....

ERNEST. Vamos, vamos, dame ese escrito; quiero confundirle, hacerle sonrojar ante mí, y desenmascararlo. ¿Qué te parece? ¡Un comerciante falsificando letra! ¡Pues es una friolera! Conque al momento estoy de vuelta; entre tanto, mira á ver si encuentras la llave, tal vez se habrá caido esta mañana al vestirme.

ENRIQ. No la he visto, pero la buscaré. Dios quiera que se aclare este embrollo. *(Váse.)*

ERNEST. ¿Quién diablo pudo hacer á mi Enriqueta una relacion tan exacta y cabal? ¿Y este infernal escrito cómo ha podido llegar á sus manos?

ESCENA VI.

ERNESTO y DIANA.

DIANA. *(Saliendo con precaucion.)* ¡Ah! No me he engañado, ¡eres tú! ¿Pero qué diablos hacías aquí con la mujer de tu socio?

ERNEST. (¡Desgraciado de mí! ¡Esta es más negra!) Y V., señorita ¿qué hace oculta en esta casa? Pronto, pronto, vuélvase á la suya ó la abondono y

desisto de nuestro proyecto de enlace; vivo, no venga alguno y nos sorprenda. (Estoy que no me llega la camisa al cuerpo.)

DIANA. ¡Pero, Dios mio! ¿Qué significa todo esto? ¡Ese rostro, ese temblor, esa confusion! ¡Ah! ¡ya adivino! ¡Tú me engañas! Ahora comprendo tus excusas, tus fingimientos.... Estoy al cabo de todas tus intrigas! Hacer la corte á la señora Enriqueta, la esposa de tu socio; lo de la cena era un infame pretexto. ¡Ay! ¡Alejandro! ¡Alejandro! eres un vil, un seductor; y si yo conociese á Don Ernesto....

D. ALEJ. (*Dentro.*) Está bien, yo iré á su encuentro.

ERNEST. (¡Qué oigo! ¡Santos Cielos! ¡La voz de Don Alejandro! ¡Está visto, el infierno se ha conjurado contra mí!) ¡Vamos, Diana de mi vida! ¡Por Dios! Véte á tu casa que dentro de poco iré á verte y te enteraré de ciertos proyectos.... que.... vamos, hija, que ahí viene mi socio! ¡Por Dios! ¡No me comprometas!

DIANA. Bien, me voy; pero cuenta que, si me engañas, te has de acordar de mis uñas. (*Pellizcándole.*)

D. ALEJ. (*Dentro.*) ¿Donde está mi socio? ¡En el escritorio no está!

ERNEST. ¡Por Dios! ¡Hija, te suplico que no apures mi paciencia!

DIANA. Bien, ya voy, no te alteres, ¡Alejandro! ¡no me engañes! ¡Adios! (Me ocultaré y trataré de averiguar....) (*Se oculta en la primera puerta izquierda.*)

ERNEST. Gracias. ¡Adios! ¡Ya se marchó! Yo tengo calentura. (*Cayendo en una butaca.*)

ESCENA VII.

ERNESTO y DON ALEJANDRO.

D. ALEJ. ¡Vamos, al fin logro encontraros, socio dignísimo! Os sorprenderá verme fuera de mi domicilio á estas horas, ¿no es cierto? Porque bien lo sabeis, soy un hombre que no conozco más que mi casa y mi escritorio, y mi escritorio y mi casa: así es; pero motivos de alta importancia me obligan á ello. He aprovechado un momento en que mi amada Clotilde salió para visitar una amiga, y en dos saltos me he plantado aquí. ¿Os he estorbado? Me pareció haber visto una falda eclipsarse miéntras yo entraba.

ENRIQ. *(Dentro.)* Ernesto, la llave está detrás de un baul; vén y ayúdame á sacarla.

ERNEST. Ya voy, ya voy. Don Alejandro, perdone usted; necesito acudir al llamamiento de mi esposa. Debe usted hacer una cosa; volverse á casa, que en cuanto me desocupe me pondré á sus órdenes y podremos hablar y tratar nuestros asuntos con despacio; ¿estamos conformes, ¡eh! mi querido y respetable socio? Sí; pues hasta luégo. *(Váse puerta segunda izquierda.)*

ESCENA VIII.

DON ALEJANDRO, y á poco DIANA.

D. ALEJ. ¡Sí, sí; ya estás fresco! De aquí no me muevo hasta que me haga entrega de los libros y tengamos una explicacion satisfactoria. ¡Vaya un mi dichoso socio! ¡Pues me ha venido Dios á ver! Conque buenas palabras.... y con hipocre-

sía.... ¡pues era lo que me faltaba! ¡Un jugador, un libertino, que tiene la audacia de perder diez mil reales en una sola carta! ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Si parece increible!

DIANA. (*Saliendo.*) ¡Ahora veremos! ¡Caballero!

D. ALEJ. ¡Eh! ¿Quién?

DIANA. ¡Soy yo, señor! Una pobre muchacha, que está al cabo de las intrigas de su señor socio.

D. ALEJ. ¡Cómo! ¿Qué es eso de intrigas? ¿Contra quién?

DIANA. Sólo contra V.

D. ALEJ. ¡Ah! ¡Demasiado lo sé, por mi desgracia, aunque tarde! Pero, en fin, del mal el ménos, si algo puede repararse, porque está decidido; esta misma noche concluye nuestra sociedad.

DIANA. ¡Hombre indigno! ¡Seducir á la mujer de su socio! ¡Un hombre de honor!

D. ALEJ. ¿Qué? ¿A mi mujer? ¿Cómo, dónde, cuándo? (*Balbuciente.*)

DIANA. Pero qué, ¿usted lo ignora? ¿No acába de decirme que lo sabía?

D. ALEJ. Que era un jugador, un hombre disipado; pero que él.... mi esposa.... ¡Vamos, no sé lo que me pasa!... (Siento unos sudores que me empiezan en la cabeza y bajan á depositarse en el corazon; pero apuremos la copa.) Usted, señorita, dice que sabe.... Cuente usted, se lo suplico; mire usted que tengo una espina clavada aquí (*por la cabeza*); nó, nó, aquí; (*por el corazon.*)

DIANA. No quisiera que me sorprendieran. (*Mirando á todos lados.*) Pero, en fin, sepa usted que su socio visita á su mujer cuando usted no está en casa; yo los he visto solitos, mano á mano, hace poco, en esta misma habitacion. Creo que ya he dicho lo bastante. Abra usted los ojos, y no se deje engañar impunemente. Yo vuelvo á mi escondite; ruego á usted no me descubra, y

le ayudaré en lo que me sea posible.

D. ALEJ. No dude usted, interesante jóven, que sabré guardar su secreto: no tiene V. nada que temer.

DIANA. Gracias; es cuanto deseo de usted. (¡De alguna manera me he de vengar de ese infame!) (*Váse primera puerta izquierda.)*

ESCENA IX.

DON ALEJANDRO solo.

D. ALEJ. ¡Conque mi mujer.... aquí.... hace poco....! ¡Ay! ¡Dios me valga! ¡Esa era la amiguita que iba á visitar! ¡Ah! ¡Clotilde! ¡Clotilde! ¡Perjura! ¡Esto me reservabas, despues de diez y ocho años de una fidelidad conyugal á toda prueba! ¡Y tú, socio inverosímil!... Ya comprendo la premura que tenias porque me marchase! ¡Era porque estaba aquí tu infame cómplice! Pero, señor, ¿es posible que la mujer de ese infame, que está aquí, bajo el mismo techo, no se haya apercibido de nada? ¡Quién sabe! Pero yo la pondré sobre aviso, y veremos si entre los dos y esa pobre muchacha logramos desenmascarar á ese infame. Me parece que llega; sí: ¿cómo me arreglaria para que no me viese? ¡Ah! Aquí, detrás de este biombo. ¡Luego lo veremos, pícaro seductor! *(Se oculta tras el biombo.)*

ESCENA X.

ERNESTO por la segunda puerta izquierda.

ERNEST. ¡Qué veo! ¡Se ha marchado! ¡Gracias á Dios! Pues, señor, he salido del paso mejor que podia esperar. Ahora, Ernesto, ruega al diablo que esté de tu parte, y entrégate con alma y vida á

los elíjanes y entreses. *(Váse por el foro.)*

ESCENA XI.

ENRIQUETA, y á poco DON ALEJANDRO.

ENRIQ. Pues, señor, ya estoy sola. Voy á sacar de su escondite á esa muchacha, y veremos si ella me explica....

D. ALEJ. (*Saliendo.*) ¡Señora!

ENRIQ. *(Asustada.)* ¿Quién?

D. ALEJ. No se alarme usted, señora: necesito hablarle á usted, descubrirle una intriga horrorosa.

ENRIQ. ¿Usted á mí? Pero, ¿quién es usted? ¿Qué hace en mi casa? ¿Cómo ha entrado usted? ¿Por dónde?

D. ALEJ. Soy Alejandro Belmonte, socio de su esposo de usted, comerciante de azúcares y cafés.

ENRIQ. *(Sorprendida.)* ¿Usted, usted?

D. ALEJ. ¡Yo mismo, señora, por mi desgracia!

ENRIQ. ¡Pero, señor, esto es una torre de Babel! ¿Don Alejandro, el socio de mi marido, no es un jóven libertino, disipado, jugador?

D. ALEJ. ¡Pobre de mí! ¡Yo disipado! ¡Yo jugador! ¡Yo jugador! ¡Yo, que no sé más juego que el del burro! ¿Quién es el que se ha atrevido á calumniarme tan villanamente? ¡A mí, á un hombre que no sabe otra cosa más que de su casa y su escritorio á su escritorio y su casa?

ENRIQ. Pero, espliquémonos. ¿No hace usted el amor á una bailarina?

D. ALEJ. ¡Yo, señora! ¡Míreme usted bien!

ENRIQ. Sí; usted, fingiéndose soltero. Y á más, ¿no le ha regalado una pulsera que obtuvo con engaño de mi esposo? Y, por último; ¿no ha falsificado su letra para escribir una carta á la bailarina?

D. ALEJ. ¡Está bien! ¡Yo ladron! ¡Yo falsario! ¿No hay

más improperios que lanzar sobre mí? Señora, me dará usted satisfaccion de semejantes injurias ante los tribunales.

ENRIQ. Yo nó; es á mi marido, á vuestro socio, á quien debeis agradecer todos esos dictados.

D. ALEJ. ¡Ah! ¡Conque á él! Ahora comprendo. Pues bien; sepa usted que él no es otra cosa que un vil hipócrita, que predica constantemente moral y sanos principios, y no existe un vicio que no se halle almacenado en su alma corrompida. Sepa usted, por último, que, á pocos pasos de aquí, hay un garito, donde se reune lo más escogido de nuestra sociedad, y donde su esposo pierde sumas, que él no posee, á diestro y siniestro: conque vaya usted atando cabos.

ENRIQ. ¡Cómo! ¿Será cierto? ¡Infeliz de mí!

D. ALEJ. Y más todavía; pues sepa usted que, valido de la amistad, se atreve á extender las operaciones sociales, no sólo en mi bufete, sino ¡estremézcase usted! hasta en mi propio domicilio. Sepa usted que ha seducido á mi mujer, y hace poco que ella, mi pérfida mitad, estaba con él en esta misma habitacion!

ENRIQ. ¡Cómo! ¿La que dijo ser bailarina y vuestra prometida? Y para conseguir mejor su objeto ha inventado toda esta farsa. ¡Qué infamia!

D. ALEJ. ¡Pero esto no tiene nombre! ¡Miserable Clotilde! ¿dónde te ocultas? ¡Sal, á ver si osas ponerte ante mi vista!

ENRIQ. ¡Por Dios! Don Alejandro, no promovamos un escándalo. Ocúltese usted tras de ese biombo, que al instante la conduciré á esta habitacion, y sin que le vea, podrá cerciorarse de si es ella ó no; no vayamos á cometer una indiscrecion. *(Váse primera puerta izquierda.)*

D. ALEJ. ¡Despues de diez y ocho años de una fidelidad

sin límites! ¡Quién lo hubiera creido! *(Se oculta tras el biombo.)*

ESCENA XII.

ERNESTO, cerrando tras sí la puerta del foro.

ERNEST. ¡Dios mio! ¿Dónde me oculto? ¡Vienen siguiéndome y pronto darán conmigo! ¡Ah! en este guarda-ropa. No me queda otro recurso. (*Se oculta.*)

ESCENA XIII.

Un Comisario de policía y dos Agentes.

COMIS. ¡En nombre de la ley! ¡Abrid, abrid, ó echamos abajo esta puerta! (*Forcejean, y, despues de una breve pausa, se abre la puerta y aparecen los dichos.*) ¡Aquí entró! Conque no se escapará! ¡Guardad vosotros esa salida y mucho ojo! Ya sabeis las órdenes que traigo. Yo buscaré por este lado. *(Despues de examinar la habitacion, va hácia el biombo y saca á Don Alejandro.)* ¡Hola! ¡Ya está aquí el gazapo! ¡Salga usted, caballero!

D. ALEJ. ¡Por Dios, señores! Juro á ustedes, por lo más sagrado, que yo soy un ciudadano inofensivo, y que si estaba oculto era con la más sana intencion y para cerciorarme de cierto asunto que...

COMIS. Bien, basta. ¿Cómo se llama usted?

D. ALEJ. Alejandro Belmonte, comerciante de azúcares y cafés, calle de....

COMIS. Bien, suprima V. las señas; sígame usted.

D. ALEJ. ¿Yo? ¿A dónde?

COMIS. Ya lo verás. Muchachos, aseguradle y en marcha. *(Lo hacen y se van todos por el foro.)*

ESCENA XIV.

ERNESTO, saliendo del guardaropa.

ERNEST. ¡Oh Providencia, yo me humillo ante tí; tú me has salvado! ¡Y el pobre Don Alejandro! ¡Já, já, já! Bien empleado le está; pero no haga el diablo que descubran el engaño, y entonces no me sería tan fácil escapar. *(Se oyen voces de Diana y Enriqueta, y á poco salen por la primera puerta de la izquierda.)*

DIANA. *(Dentro.)* Vuelvo á repetir que me llamo Diana.

ENRIQ. *(Idem.)* Ahora lo veremos. Sígame usted.

ERNEST. ¡Santos del cielo! ¡Son Enriqueta y Diana! Al escondite, y sea lo que Dios quiera. (*Se oculta detrás del biombo.*)

ESCENA XV.

ENRIQUETA y DIANA; puerta primera izquierda.

DIANA. Señora, está usted en un error. Cuanto le he dicho es la pura verdad. Yo soy una doncella honrada, incapaz de....

ENRIQ. ¿Todavía sostiene usted ser soltera? Hágaselo usted saber así al sugeto que se halla detrás de ese biombo.

DIANA. ¿Detrás del biombo? Voy allá. ¡Qué veo! ¡Alejandro! ¿Tú aquí oculto?

ENRIQ. ¿Qué tal? Se sorprende usted, ¿no es cierto?

DIANA. *(Bajando al proscenio.)* ¡Sí señora; me sorprendo, me indigno; pero no por mí, por usted misma!

ERNEST. (*Saliendo furtivamente.*) ¡Piés, para que os quiero! *(Se vá por el fondo.)*

ENRIQ. ¡Cuidado! Tenga usted la bondad de medir sus

palabras, teniendo para ello en cuenta con quién está hablando.

DIANA. ¿Qué respeto debo guardar á una mujer casada que seduce á mi prometido?

ENRIQ. ¡Señora, esto es ya demasiado! ¿A qué fingir por más tiempo? Salga usted, Don Alejandro, salga usted y confunda á su culpable esposa.

ESCENA XVI.

DICHAS y DON ALEJANDRO, por el foro.

D. ALEJ. ¿Dónde está esa miserable?

LAS DOS ¡Ahí la tiene usted!

D. ALEJ. Por cualquiera de ustedes dos cambiaria muy gustoso á esa serpiente, que, despues de diez y ocho años de matrimonio y de una fidelidad á toda prueba, me ha sido infiel, si he de dar crédito á lo que usted me dijo.

DIANA. Pero yo me referia á esta señora.

ENRIQ. ¿Cómo, á mí? Pues qué, ¿se atreve usted á sostener todavía que ignora que Don Ernesto es mi marido?

DIANA. No señora, todo lo contrario.

ENRIQ. Entonces, ¿cómo...?

DIANA. Entendámonos de una vez: ¿este caballero no es Don Ernesto?

D. ALEJ. ¿Yo, yo Don Ernesto? ¡Dios me libre! ¿Yo ese bribon, por quien me he visto en las garras de la justicia? *(Movimiento de Enriqueta.)* No, no se asuste usted; no era por otra cosa, sino por contravenir las leyes.... cuestion de juegos prohibidos. Sepa usted, señora, que con su nombre pasaba la plaza de hombre honrado, y se servia del mio para sus vicios y depravaciones; así se comprende que la justicia viniera á prenderle, y al pronunciar yo mi nombre se apoderase de

mí, sin permitirme pronunciar otra palabra; gracias que el inspector de policía era amigo y le expliqué el engaño, que sin esa circunstancia el Saladero hubiera sido mi albergue por algun tiempo; pero me servirá de escarmiento, para no tener más sociedad con nadie de este mundo.

DIANA. ¿Conque sacamos en claro que mi amante es su esposo?

ENRIQ. ¡Sí señora!

DIANA. ¡Es decir, que he sido engañada! ¡Y por quién, Dios mio, por quién; por el más vil de los hombres! ¡Tome usted, señora; recobre usted este objeto que yo habia aceptado con tanto gusto, como una prueba de amor! Pero aconseje usted á ese miserable que no se ponga en mi camino, porque si le volviese á ver no responderia de mí! *(Váse por el foro.)*

ENRIQ. Pero, ¡Dios mio! ¿Qué va á ser de mí al lado de ese infame? No, no quiero volverle á ver. Don Alejandro, no me abandone usted; acompáñeme usted á Carabanchel á casa de mi tio; quiero entablar la demanda de divorcio: oyendo á usted mi tio no dudará de la veracidad de mis palabras.

D. ALEJ. Sí, pobre víctima, sí: yo la acompañaré á usted á cualquier parte: pero ántes pasaremos por mi casa, para tranquilizar á mi inocente Clotilde, y de paso pedirle perdon por mis injustas sospechas; pues, aunque ella todo lo ignora, necesito descargar mi conciencia de tal remordimiento.

ENRIQ. Como usted guste.

ERNEST. *(Dentro.)* ¡Ay! ¡Ay!

ENRIQ. ¿Qué es eso? ¿Quién se queja de ese modo?

ERNEST. *(Id.)* ¡Enriqueta! ¡Enriqueta!

ENRIQ. ¡Ah! ¡Es él! ¡El infame! No quiero verlo. Marchemos, D. Alejandro; sígame usted. (*Van á mar-*

char por el fondo; pero al llegar á la puerta se presenta en ella Ernesto pálido, desencajado, el vestido en desórden y en la mayor angustia.)

ESCENA ÚLTIMA.

ERNEST. ¡Detente! Escucha: ¡no es tu esposo el que miras! ¡Es un espectro el que te hallas!

ENRIQ. ¿Cómo? ¿Qué dice?

D. ALEJ. ¡Ave María Purísima!

ERNEST. Sí, yo; que ántes de descender á mi última morada.... me he arrastrado hasta aquí.... para que me otorgues.... ¡Dios mio! ¡Mi vista se oscurece, las fuerzas me faltan! *(Cae de rodillas entre los dos.)*

ENRIQ. Pero, ¡gran Dios! ¡Esas facciones! ¡Esa mortal palidez!....

ERNEST. Que no se acuse á nadie..... Yo, yo mismo..... abrumado por los remordimientos.... Por tí, mi querida Enriqueta..... Y por usted, mi respetable socio..... Queriendo vengaros á ámbos.... ¡me he envenenado!!

ENRIQ. ¡Dios piadoso!

D. ALEJ. ¡Un suicidio! ¡Desgraciado!

ERNEST. *(Cada vez más balbuciente y en la agonía.)* ¡Enriqueta.... escucha..... escucha..... la última confesion de un moribundo!.... Yo me arrepiento.... ¡Que tenga el consuelo.... en este supremo instante... de oir que me perdonas!... ¡Y usted... mi respetable socio..., llorad sobre mi tumba.... no maldigais mi memoria!....

ENRIQ. ¡No, no, Ernesto mio; yo te perdono!

D. ALEJ. ¡Y yo!

ENRIQ. ¡Pronto! ¡Un médico! ¡Tal vez aún sea tiempo!

D. ALEJ. ¡Corro!

ERNEST. ¡Deteneos!.... Que yo pueda estrechar vuestras manos!.... ¡Juradme ámbos.... ante Dios.... que me perdonais!

LOS DOS. ¡Lo juramos!

ERNEST. *(Incorporándose de un salto, y abrazándolos.)* ¡Viva mi astucia! ¡Ya estoy perdonado!

ENRIQ. ¡Cómo! ¡Qué significa! ¡Conque era una farsa!

ERNEST. La última, querida Enriqueta. La hipocresía es una enfermedad que está de moda, y me habia contagiado; pero te juro solemnemente quedo escarmentado: prometo no jugar más, y que en adelante tú seas el Mentor de este pobre Telémaco.

ENRIQ. ¿De véras? ¿Puedo creerte?

ERNEST. ¿Quieres la prueba? Esta noche, como ensayo, te llevaré al Real. Venga usted tambien, mi querido socio.

D. ALEJ. ¿Yo? Gracias; corro al momento al lado de mi Clotilde, que, en diez y ocho años de matrimonio, esta es la primera vez que estoy tanto tiempo separado de ella. Pero, amigo mio, nuestra sociedad queda disuelta desde ahora: no quiero más médias, que las ligas suelen causar verdugones.

ERNEST. Me valió mi travesura
para salir del apuro;
pero en adelante juro
el no hacer otra locura;
y aunque mi mal se me cura
me encuentro desengañado;
y pues que estoy arruinado
por una sota maldita,
si dais una palmadita
quedo del todo curado.

FIN.

ALMACEN DE MÚSICA É INSTRUMENTOS

CALLE DE LAS SIERPES 103

SEVILLA.

Nombres de las obras.	Autores.	Galería á que pertenecen.
La esposa mártir, drama en tres actos y en verso. . . .	*Vivancos.*	D. A. Gullon.
Martirios del corazon, drama en cuatro actos y en prosa.	*Berenguer*	D. E. Hidalgo.
Bernardo del Carpio, drama en tres actos y un prólogo.	*Macarro.*	Id.
Celia, juguete cómico en un acto y en prosa. . . , . . .	*Macarro.*	Id.
Una corona de espinas, drama en un acto y en verso.	*Macarro.*	Id.
Los afanes de una viuda, juguete cómico en un acto y en prosa. , ...	*Ramirez y Garrido.*	Id.
Rosario de la aurora, zarzuela en dos actos y en prosa. (Libro).	*Macarro.*	Id.
Madrid de noche, zarzuela en un acto, en verso y en prosa. (Libro).	*M. Vallejo*	D. A. Gullon.
Música de la misma.	*F. Reparáz*	Id.
El San Antonio de Murillo, zarzuela en un acto y en verso. (Libro).	*Macarro.*	D. E. Hidalgo.
El bonete y la corona, zarzuela en un acto y en verso	*Orracam.*	Id.
El oso y el madroño, zarzuela en un acto y en verso. .	*Orracam.*	Id.
Música de la misma. . . .	*F. Liñan.*	Id.
Luis Candelas, drama en cuatro actos y en prosa, original.	*Orracam.*	Id.
Un alcalde justiciero, drama en tres actos y en verso, original.	*Macarro.*	Id.
Falta, castigo y perdon, drama en un acto y en prosa, arreglo del francés. . . .	*Orracam.*	Id.
Mi socio y yo, comedia en un acto y en prosa, arreglo del francés.	*Ladislao.*	Id.